

¿Liderará Estados Unidos el Siglo de Asia?

David C. Kang

Profesor de Negocios y Relaciones Internacionales y Director del Korean Studies Institute,
University of Southern California

Síntesis

Las relaciones internacionales mundiales y también las de Asia Oriental siguen dominadas por ideas, instituciones y normas desarrolladas en Occidente, y Estados Unidos sigue contando con la mayor aceptación como representante global de dichas ideas. De hecho, el concepto de liderazgo implica necesariamente que existen seguidores, y también que existe un orden social jerárquico reconocido que sitúa a los líderes por encima de los seguidores. Ambas partes no tienen la misma voz, responsabilidad, posición o influencia. El liderazgo sólo puede surgir a partir del consenso sobre lo que el liderazgo abarca y sobre quién lidera. Es decir, el liderazgo es un fenómeno intrínsecamente *social*, y determinar si algunos estados están dispuestos a seguir al líder, y por qué lo hacen, es una cuestión tan importante como saber por qué otros estados desean asumir el liderazgo. De este modo, el concepto de liderazgo incorpora ideas de poder “blando” o “inteligente”, nacionalismos en proceso de cambio, integración regional, y la visión que tienen la ciudadanía y los gobiernos de su propio lugar en la región y del lugar que ocupan otros países.

Introducción

Aunque durante los últimos cincuenta años Estados Unidos ha sido el líder incuestionable en Asia Oriental, en la pasada década se han planteado interrogantes cada vez más importantes sobre si el país será capaz de retener dicho liderazgo en el futuro. La emergencia a escala nacional e internacional de China constituye probablemente el caso más claro de desafío potencial al liderazgo de Estados Unidos en una región que ha experimentado importantes cambios tras la Segunda Guerra Mundial, desde el notable éxito económico hasta la mayor estabilidad política de muchos países de la región. Al mismo tiempo, Estados Unidos muestra una preocupación creciente por acontecimientos en su propio país -o en otras partes del mundo, y no está claro que tenga el compromiso o la capacidad de mantener su papel de líder en Asia Oriental.

Teniendo en cuenta sus preocupaciones actuales a escala global, a Estados Unidos no le resultará fácil situar Asia

Oriental como máxima prioridad. Si bien todos los países de la región desean una mayor implicación y atención por parte de Estados Unidos, al mismo tiempo están forjando progresivamente acuerdos económicos y de seguridad por su cuenta. Así, Estados Unidos debe hacer frente a un difícil reto: cómo mantener su profunda implicación en una región que se está transformando rápidamente, a menudo sin intervención o implicación alguna de Estados Unidos.

Sin embargo, las relaciones internacionales mundiales y también las de Asia Oriental siguen dominadas por ideas, instituciones y normas desarrolladas en Occidente, y Estados Unidos sigue contando con la mayor aceptación como representante global de dichas ideas. De hecho, el concepto de liderazgo implica necesariamente que existen seguidores, y también que existe un orden social jerárquico reconocido que sitúa a los líderes por encima de los seguidores. Ambas partes no tienen la misma voz, responsabilidad, posición o influencia. El liderazgo sólo puede surgir a partir del consenso sobre lo que el liderazgo abarca y sobre quién lidera. Es decir, el liderazgo es un fenómeno intrínsecamente *social*, y determinar si algunos estados están dispuestos a seguir al líder, y por qué lo hacen, es una cuestión tan importante como saber por qué otros estados desean asumir el liderazgo. De este modo, el concepto de liderazgo incorpora ideas de poder “blando” o “inteligente”, nacionalismos en proceso de cambio, integración regional, y la visión que tienen la ciudadanía y los gobiernos de su propio lugar en la región y del lugar que ocupan otros países.

Preguntarse si Estados Unidos puede liderar el siglo de Asia es una pregunta abierta sin una respuesta clara. Pero recurrir al concepto de liderazgo proporciona un punto de vista interesante para observar la región: puede que el futuro de las relaciones internacionales de Asia Oriental no dependa exclusivamente de un equilibrio de poder militar o de cómo evolucionan las relaciones económicas. Por el contrario, el que la región mantenga su estabilidad o se deslice hacia el conflicto puede depender en mayor medida de cómo diriman los estados el liderazgo regional, y de sus visiones de sí mismos y de los demás.

Por tanto, a partir de esta perspectiva, existen tres factores importantes que tendrán un impacto a la hora de determi-

nar si Estados Unidos asumirá el liderazgo del siglo de Asia: en primer lugar, el liderato de Estados Unidos dependerá, fundamentalmente, de los objetivos y compromisos de Estados Unidos en relación con la región. En segundo lugar, el hecho de que Estados Unidos siga manteniendo el liderazgo dependerá de si otros países de la región siguen deseando dicho liderazgo. Por último, el futuro del liderazgo de Estados Unidos dependerá de si algún país de Asia Oriental –como puede ser China– espera sustituir a Estados Unidos como líder regional.

El cambio de papel de Estados Unidos en Asia Oriental

En el último medio siglo, Estados Unidos se ha implicado claramente en la política y en la economía de Asia Oriental, forjando una serie de relaciones e instituciones que reflejaban visiblemente la posición de Estados Unidos como el país más poderoso en el Este de Asia. Durante la Guerra Fría, por lo general, Estados Unidos evitaba crear instituciones regionales, optando, por el contrario, por interactuar con Asia Oriental mediante toda una serie de acuerdos bilaterales –el modelo denominado *hub and spoke* o radial– con países como Japón, Corea del Sur, Filipinas y Vietnam del Sur. En el punto cumbre del poder de Estados Unidos durante la Guerra Fría, esta estrategia consiguió con éxito promover los intereses de Estados Unidos e impulsar el crecimiento y la estabilidad en la región. En el plano económico, los mercados estadounidenses eran claves para el rápido crecimiento económico de la región. La mayoría de los flujos comerciales arrancaban de las economías del Este de

Asia orientadas a la exportación en dirección al mercado de consumo de Estados Unidos, constituyendo Japón, probablemente, el mejor ejemplo de esta tendencia. En el plano institucional, las organizaciones de alcance mundial creadas o dominadas por Estados Unidos, como el FMI, el Banco Mundial y el GATT (siglas en inglés del Acuerdo General sobre Aranceles Aduaneros y Comercio), fueron las instituciones que rigieron las relaciones económicas de Asia Oriental.

Al mismo tiempo, durante la Guerra Fría los países del Este de Asia eran, por lo general, débiles desde el punto de vista político y subdesarrollados desde el punto de vista económico, y estaban saliendo de un siglo de colonialismo para intentar crear naciones-Estado modernas. Muchos estados temían por su supervivencia y se enfrentaban a amenazas tanto internas como externas. Corea, China y Vietnam se

vieron sumidos en guerras civiles o nacionalistas, mientras que importantes movimientos insurgentes internos asolaron Filipinas, Indonesia, Malasia y otros países. Algunos países habían vivido varios siglos de cohesión política, como Corea o China, pero otros países “nacieron modernos” en la era postcolonial, como Indonesia y Malasia. La fortaleza relativa de Estados Unidos y la debilidad de los estados de Asia Oriental crearon una serie de condiciones que hacían que los objetivos, los ideales y el liderato de Estados Unidos fueran inevitables y bien recibidos por muchos.

Sin embargo, la Guerra Fría de los años sesenta y setenta se ha superado hace tiempo, y Asia Oriental se ha convertido en una región económicamente efervescente, cada vez más estable en lo político y en la que las interacciones entre países de la región se multiplican. Hoy en día sólo dos países –Corea del Norte y Taiwan– temen por su supervivencia. El despliegue militar de Estados Unidos alcanzó su máximo nivel en los años setenta, con más de medio millón de soldados estadounidenses desplegados en bases militares, desde Japón y Corea del Sur hasta Filipinas, Vietnam del Sur y Tailandia. Hoy en día, Estados Unidos cuenta con un despliegue militar permanente sólo en dos países de Asia Oriental, y el número total de efectivos militares desplegados en la región no llega a los 100.000 hombres. En la actualidad, la función de la presencia militar de Estados

Unidos es en mayor medida de naturaleza tranquilizadora que disuasoria.

Y sin embargo, el crecimiento económico, y no el conflicto militar, es actualmente el sello distintivo de Asia Oriental. A pesar de que los vínculos económicos de Estados Unidos con la región son profundos, China empieza

“ A pesar de que los vínculos económicos de Estados Unidos con la región son profundos, China empieza a sustituir a Estados Unidos como centro de gravedad en la región. (...) Lo más notable no es sólo que se haya producido esta transición, sino la rapidez con la que China ha emergido para situarse como epicentro de la actividad económica de la región.”

a sustituir a Estados Unidos como centro de gravedad en la región. En los últimos treinta años, China ha sustituido a Estados Unidos como principal socio comercial de Japón, Corea del Sur y las naciones de la ASEAN. China está también recibiendo inversiones en volúmenes sin precedentes. Lo más notable no es sólo que se haya producido esta transición, sino la rapidez con la que China ha emergido para situarse como epicentro de la actividad económica de la región. Por supuesto, Estados Unidos sigue desempeñando un papel importante –como destino de muchos productos fabricados en China y en los demás países de Asia Oriental, y también como fuente de inversión, innovación y capital–.

A pesar de sus estrechos vínculos con la región, Estados Unidos no es una nación de Asia Oriental, sino una potencia mundial con intereses regionales. Estados Unidos sólo presta atención a la región de forma intermitente. A menudo,

Washington considera que los problemas en otras partes del mundo, como Oriente Medio y Europa, son más importantes que los de Asia Oriental. Estados Unidos intervendrá en la región cuando hacerlo responda a sus propios intereses y no porque deba necesariamente abordar los problemas de la región. Esta actitud tiene implicaciones para la política de Estados Unidos en la región, porque los estados de Asia Oriental no pueden esperar un apoyo incondicional de Estados Unidos.

A pesar de los cambios que se han producido en la región, Estados Unidos sigue siendo con mucho el país más poderoso e importante del mundo, y todos los estados de Asia Oriental esperan que Estados Unidos preste más atención a la región, y no lo contrario. Así, Estados Unidos se enfrenta a una difícil disyuntiva en el futuro. Puede intentar conservar el liderazgo en la región, pero para ello será necesario que preste una atención más sostenida a la misma y que se relacione con muchos países en un plano más igualitario que en el pasado. Los dirigentes y la opinión pública de Estados Unidos no han llegado a conclusiones definitivas por lo que respecta a sus objetivos a largo plazo en Asia Oriental –algunos confían en que Estados Unidos no necesitará involucrarse tanto, mientras que otros sostienen que, para los intereses de Estados Unidos, es vital mantener el compromiso con Asia–.

Los estados de Asia Oriental quieren que Estados Unidos les preste más atención

Tan importante como saber si Estados Unidos quiere asumir el liderazgo es determinar si otros países están dispuestos a seguir dicho liderazgo. Los estados de Asia Oriental –incluida Corea del Norte– quieren que Estados Unidos les preste más atención, no menos. Los beneficios de tener buenas relaciones con Estados Unidos son sustanciales. Además, ningún estado de Asia Oriental, ni siquiera China, quiere excluir a Estados Unidos de la región. Sin embargo, ante la falta de iniciativas sostenidas por parte de Estados Unidos, los estados de Asia Oriental también han avanzado por su cuenta para crear instituciones y relaciones regionales. El final de la Guerra Fría creó condiciones que permitieron que los estados cooperaran más estrechamente entre sí, y el rápido crecimiento económico en la región en el último medio siglo generó una mayor confianza y más interconexiones entre los diferentes estados.

Un acontecimiento formativo que contribuyó a configurar la visión que se tiene en Asia Oriental del liderazgo de Estados

Unidos, fue la crisis financiera asiática de 1997. Esa crisis despertó tanto la conciencia de la interconexión de la región como el sentimiento de que Estados Unidos no estaban tan dispuestos a ayudar a Asia Oriental como se había supuesto. A raíz de la crisis, en Asia Oriental muchos percibieron que Estados Unidos se mostraba indiferente ante sus problemas. Aunque las causas y las consecuencias de la crisis han sido objeto de acalorados debates, cabe señalar que la percepción que se tiene en Asia Oriental y en Estados Unidos de dichas causas y consecuencias no suele coincidir. Los análisis estadounidenses suelen poner el acento en las deficientes prácticas empresariales de las compañías y los gobiernos asiáticos (lo que se denomina “*crony capitalism*”

“ Ante la falta de iniciativas sostenidas por parte de Estados Unidos, los estados de Asia Oriental también han avanzado por su cuenta para crear instituciones y relaciones regionales. (...) [Actualmente EEUU] sólo participa en 2 de los 68 acuerdos bilaterales de libre comercio firmados o en fase de negociación en el Este de Asia.”

o capitalismo *amiguista*), responsabilizando de la crisis a los propios países. Por el contrario, en Asia Oriental el análisis pone el acento en la actitud de indiferencia del FMI y del Gobierno de Estados Unidos en particular como principales causas de la crisis. El politólogo Donald Emerson observa que “... desde

la ASEAN (la Asociación de Naciones del Sudeste Asiático), se reprochaba a Washington su hostilidad o indiferencia, o ambas cosas, por exprimir las economías y después dejar que se hundieran”.

Como respuesta, los estados de Asia Oriental han ido forjando acuerdos informales y formales que están aglutinando la región. En 1990, por ejemplo, sólo había dos instituciones regionales importantes: APEC (Foro de Cooperación Económica Asia-Pacífico) y ASEAN (formada por tan sólo seis países). Ya en 2005, la ASEAN se había ampliado a 10 países, y los estados de la región habían constituido organizaciones como la iniciativa de Chiang Mai para permutas financieras de divisas entre los países asiáticos (2000), el CSCAP (Consejo para Cooperación en Seguridad en Asia-Pacífico, 1993), el ACFTA (Tratado de Libre Comercio ASEAN-China, 2005), el ARF (Foro Regional de la ASEAN, 1994), ASEM (Cumbre Asia-Europa, 1995), ASEAN+3 (ASEAN y Japón, China y Corea del Sur, 1997) y la Cumbre del Este de Asia (2005). China también creó la Organización de Cooperación de Shanghai (OCS) que reúne a China, Rusia, Kazajstán, Kirguistán, Tayikistán y Uzbekistán. Estados Unidos es activo en pocas de estas instituciones y, de hecho, sólo participa en dos de los 68 acuerdos bilaterales de libre comercio firmados o en fase de negociación en el Este de Asia.

Corea del Sur es un ejemplo claro de cómo está transformándose la región. La alianza con Estados Unidos es un elemento clave en las relaciones políticas de Corea del Sur y fue vital para la supervivencia de Corea del Sur durante

los años cincuenta. La influencia de Estados Unidos es omnipresente en este país y los surcoreanos acuden en masa a Estados Unidos para estudiar y residir. Sin embargo, los surcoreanos también van cada vez más China. Según datos del Instituto de Educación Internacional, el 33% de los estudiantes extranjeros en China procedían de Corea del Sur, lo que equivale a casi 65.000 estudiantes. Esta cifra es similar a los 70.000 estudiantes surcoreanos que estudian actualmente en Estados Unidos. Las cifras son prácticamente las mismas y, si bien Estados Unidos sigue siendo una opción importante para los estudiantes surcoreanos, China también se está convirtiendo en un importante país de destino. En 2008, más de 800.000 turistas surcoreanos visitaron Estados Unidos; en 2006, 3,9 millones de surcoreanos visitaron China. Aunque en Corea del Sur existe una clara preocupación por el rápido auge de la capacidad tecnológica y manufacturera de China, dicha inquietud no ha impedido que muchas empresas surcoreanas se hayan precipitado a instalarse en China. Y el Gobierno surcoreano tampoco opone resistencia alguna frente a las iniciativas regionales –iniciadas fundamentalmente por China– para impulsar la integración económica y la apertura de fronteras. Aunque preferiría implantar primero un acuerdo de libre comercio con Estados Unidos, Corea del Sur tiene previsto cerrar acuerdos de libre comercio con India y Europa, sin esperar a Estados Unidos.

Está cambiando incluso la relación Estados Unidos-Japón: tras seis décadas de estrecha alianza durante las cuales Japón era claramente el seguidor más entusiasta de Estados Unidos, la victoria electoral del nuevo Partido Democrático de Japón (PDJ) ha aumentado las fricciones entre ambos países. El primer ministro del PDJ, Yukio Hatoyama, reivindicó en 2009 “una mayor igualdad en las relaciones entre Japón y Estados Unidos” y se han producido fricciones entre ambos países por la ubicación y la presencia de las fuerzas de Estados Unidos en Japón. Aunque no cabe duda de que la alianza entre Estados Unidos y Japón resistirá, estas fricciones ponen de manifiesto una nueva voluntad del Gobierno de Japón de desafiar a Estados Unidos en cuanto a los términos fundamentales de sus relaciones.

La duradera estabilidad de las relaciones de Estados Unidos con Corea del Sur, Japón y Taiwan durante los años setenta y ochenta fue en gran medida resultado de un liderazgo político también duradero en esos países. En los años noventa, tanto Corea del Sur como Taiwan vivieron transiciones democráticas y en Japón, por primera vez en más de cincuenta años, el PDJ fue el claro vencedor en las elecciones celebradas en 2009. La democracia traerá inevitablemente cambios de gobierno, lo que es no sólo previsible sino deseable. Por tanto, probablemente no sea realista asumir que las relaciones serán tan estables y duraderas como lo fueron durante la era de los gobiernos militares de Corea y

Japón, o con el viejo “sistema de 1955” del LDP en Japón. A partir de ahora, los electores y los políticos de las democracias de Asia Oriental deberán encontrar el punto de equilibrio entre dos exigencias: sus necesidades internas inmediatas y sus relaciones internacionales, más distantes con Estados Unidos (y orientadas cada vez más hacia otros países).

Los países de Asia Oriental desean el liderazgo de Estados Unidos y quieren que Estados Unidos participe en la región. Pero no esperan con los brazos cruzados. Estos países, individualmente, están transformando sus relaciones con Estados Unidos y, como región, siguen avanzando en sus relaciones económicas, culturales y en ocasiones incluso políticas y militares en las que, cada vez más, Estados Unidos está ausente.

Relaciones China-Estados Unidos

La última cuestión en relación con el liderazgo continuado de Estados Unidos en la región es si China competirá con Estados Unidos por el liderazgo regional. Desde la introducción de las reformas de mercado en 1978, China ha emergido rápidamente como una importante potencia regional e incluso mundial, con una media de crecimiento económico en los próximos treinta años por encima del 9%. A pesar de que en 1980 el tamaño de la economía de China representaba menos del 10% de la economía de Estados Unidos, en 2008 ya había crecido hasta representar más del 50% de la economía estadounidense y había superado a Japón en términos de consumo. Las empresas extranjeras han acudido masivamente a invertir en China, y las exportaciones chinas han empezado a inundar los mercados de todo el mundo. China está modernizando su ejército, se ha integrado en numerosas instituciones regionales e internacionales y su presencia en la política internacional es cada vez más visible.

El auge de China ha suscitado dos tipos de reacciones. Por una parte, los responsables políticos, los ejecutivos de las empresas y la prensa popular se han maravillado ante los éxitos de China y han hecho cuanto han podido por participar en las formidables oportunidades económicas surgidas en las últimas décadas. De hecho, ocho presidentes norteamericanos consecutivos han fomentado la integración de China en el sistema global, desde Richard Nixon, convencido de que “tratar con la China Roja (...) supone atraer de nuevo a China a la comunidad mundial” hasta el Presidente George Bush, que se declaraba satisfecho por “la emergencia de una China pacífica y próspera y que apoya a las instituciones internacionales” y el Presidente Obama con su acercamiento a la RPCh.

Por otra parte, existe una creciente preocupación de que la llegada de una nueva superpotencia pueda suponer un

desafío político a Estados Unidos e incluso generar un conflicto militar. La evaluación del Pentágono en 2008 del poder militar de China concluye que “el futuro rumbo de China supone una gran incertidumbre, en particular por lo que respecta a la expansión de su poder militar y cómo podría utilizar ese poder”. Así pues, uno de los principales interrogantes políticos y académicos de nuestro tiempo es si el auge de China será pacífico o incluso si podrá mantener dicho auge.

Hoy en día, cuando parece que China está cada vez mejor situada para recuperar su posición como el país más poderoso de Asia Oriental, se plantea a la vez la cuestión de si China gozará o no de la legitimidad que tuvo en su día, o incluso si intentará desafiar el liderato de Estados Unidos en la región. ¿Demostrará China la moderación, el buen juicio y la disposición para proporcionar liderazgo y estabilidad a la región? ¿O se limitará a utilizar su poder para presionar e intimidar a otros estados? Todavía no está claro, y esta incertidumbre explica el malestar de otros estados de la región ante el auge de China. Mientras muchos están dispuestos a brindar una oportunidad a China y esperar a ver qué pasa, otros desconfían de las declaraciones del Gobierno chino.

También se plantean importantes interrogantes respecto a si China será capaz de adaptarse a las reglas y normas internacionales occidentales que se han impuesto en el mundo, y si China intentará desafiar la posición de Estados Unidos como líder en la región. Actualmente, el capitalismo, la democracia, los derechos humanos y otras ideas se aceptan como normas y reglas del juego internacionales. Si bien los países contemporáneos pueden optar por no seguir esas normas, ignorarlas supone quedarse claramente al margen de los límites aceptados de las relaciones internacionales contemporáneas. Por ejemplo, en la actualidad pocos estados autoritarios pregonan su autoritarismo con orgullo; prácticamente todos sostienen que disfrutan de alguna forma de democracia y justifican su gobierno sobre la base de alguna necesidad o circunstancia especiales. De forma similar, son pocos los que hacen gala con orgullo de violar los derechos humanos; tienden a racionalizar sus abusos con alguna otra justificación.

Al iniciarse el siglo XXI, todavía no está claro cómo encajará China en este sistema creado y mantenido “a lo occidental”. El Gobierno y el pueblo de China, con una historia diferente, un sistema político autoritario y tensiones con otros países en la actualidad, no han aceptado todavía totalmente o no han interiorizado estos conceptos característicos del sistema de Westfalia.

“ La cuestión de si otros estados de Asia Oriental están dispuestos a otorgar a China la condición de líder, con toda la legitimidad y responsabilidad que el término conlleva, reviste una importancia muy particular.”

Así, por encima de consideraciones como el equilibrio de poder regional o si China continuará con su crecimiento económico y político, para la futura estabilidad es más importante determinar si los estados de Asia Oriental pueden desarrollar un conjunto claro y *compartido* de convicciones y percepciones respecto a las intenciones de los demás y sus posiciones relativas en el orden regional y mundial. La cuestión de si otros estados de Asia Oriental están dispuestos a otorgar a China la condición de líder, con toda la legitimidad y responsabilidad que el término conlleva, reviste una importancia muy particular. Es decir, a pesar de que los especialistas contemporáneos tienden a centrarse en criterios mensurables, como el tamaño de la economía, el gasto militar y otros patrones objetivos, si se centra la atención en el liderazgo se llega a la conclusión de que las intenciones y convicciones que los estados tienen unos de otros constituyen factores más importantes.

Según este criterio, a China le queda un largo camino por recorrer antes de situarse como líder. A pesar de que es posible

que China ya sea –o pueda llegar a ser pronto– la principal potencia económica y militar de Asia Oriental, como estado no tiene prácticamente ninguna legitimidad cultural o política para liderar. El mejor reflejo de la diferencia entre la China de hace cinco siglos, en la cumbre de su hegemonía, y la China de hoy es el hecho de que, en la actualidad, nadie considera que China siga siendo el centro de la civilización del mundo. Aunque China haya sido el origen de una civilización duradera en Asia Oriental en un pasado remoto, actualmente no tiene más influencia, en el plano de la civilización, que la Grecia moderna. Dicho de otro modo, las innovaciones e ideas de la antigua Grecia tuvieron una influencia esencial en la civilización occidental, y los conceptos griegos siguen teniendo influencia en la actualidad, ya se trate de la democracia, el álgebra o la filosofía. Y sin embargo la Grecia contemporánea no tiene ningún “ poder blando”, y pocos esperan un liderazgo de Grecia en las relaciones internacionales. Del mismo modo, pocos estados o pueblos contemporáneos de Asia Oriental esperan de China innovación cultural o soluciones prácticas a los problemas actuales y, a pesar de que China promueve de manera consciente su propio poder blando, en realidad la cuestión consiste en saber si otros estados y pueblos lo aceptarán.

¿Puede recuperar China la posición que ocupaba hace unos siglos como centro de innovación cultural y política, y que otros estados se vuelvan con admiración hacia China como modelo, guía e inspiración? Es imposible predecir cómo evolucionará la idea que los chinos tienen de sí mismos y de su lugar y su papel en el mundo, y dependerá de innumerables

factores. Los logros económicos de China en las últimas tres décadas son objeto de un respeto receloso. Pero las creencias culturales y políticas de China también producen recelo en la misma medida. ¿Adoptará el nacionalismo chino una actitud crispada, de confrontación, insegura y defensiva? ¿O, por el contrario, recuperará China la confianza en sí misma que tenía hace unos siglos? El pueblo chino –como quedó patente en la histórica respuesta frente a las protestas sobre el Tíbet en la primavera y el verano de 2008– demuestra no sentirse nada cómodo con su propia posición en el mundo y con la percepción que los demás tienen de China. ¿Se aferrará el Partido Comunista Chino al poder indefinidamente, o terminará por encontrar el modo de configurar algún tipo de transición pacífica desde el autoritarismo? La sociedad china y su opinión sobre sí misma, su gobierno y las relaciones de China con sus vecinos están todavía transformándose y no han alcanzado la estabilidad que nos permitiría extraer conclusiones con seguridad sobre el futuro.

Por lo que respecta a los demás estados de Asia Oriental, cómo aceptarán a China y si lo harán dependerá de sus propias ideas sobre sí mismos y sus relaciones con China. Por ejemplo, aunque pocos japoneses temen otra guerra de grandes potencias en Asia Oriental, los japoneses tienden a considerar que su país es líder en la región y el más importante de Asia. Saber si los japoneses pueden encajar un papel de China cada vez más importante y ver de qué modo ambos países se consideran entre sí tendrá repercusiones perdurables para la estabilidad regional. ¿Serán Japón y China “co-líderes” en Asia Oriental? ¿Accederá Japón a ocupar un segundo puesto, detrás de China, como lo hizo hace siglos? En cuanto a Corea y Vietnam, la historia reciente ha alterado sus relaciones con China, a pesar de

su largo historial como firmes seguidores de China. Las nuevas historias nacionalistas tanto en Corea como en Vietnam ya no ponen el acento en su deuda cultural con China, sino que subrayan su diferencia y, en cierto modo, su superioridad en relación con China. Para la futura estabilidad será esencial ver si estos dos países pueden acomodarse a la sombra de China o si buscarán un estatus equivalente al de China y cómo gestionarán sus relaciones con Estados Unidos y con Europa.

Conclusión: las fuentes de la hegemonía de Estados Unidos

Habida cuenta de los cambios en el sistema internacional y el lugar central de Estados Unidos, China tiene muy pocas posibilidades de convertirse en el poder hegemónico incuestionable en Asia Oriental. Estados Unidos –incluso debiendo adaptarse a las nuevas circunstancias– no va a desaparecer de la región. Estados Unidos sigue siendo demasiado central y demasiado poderoso, y los ideales estadounidenses (y occidentales) cuentan con una aceptación demasiado profunda en todo el mundo para que Estados Unidos no tenga un papel importante y tal vez central en la vida económica y política de la región. Posiblemente la cuestión más importante sea saber si Estados Unidos puede seguir siendo un líder activo en Asia, con sus problemas muy reales dentro y fuera de su país, y la insistencia de los países de todas las regiones del mundo de que Estados Unidos preste atención a sus regiones. Este interrogante no tiene una respuesta clara y, si bien, por lo general, los estados de Asia Oriental desean el liderazgo de Estados Unidos, también están avanzando poco a poco y de manera irregular hacia la creación de un orden regional propio.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

KATZENSTEIN, P. (2005), *A World of Regions: Asia and Europe in the American Imperium* (Cornell University Press).

Katzenstein defiende que tanto Asia como Europa se han visto profundamente influenciadas por el *imperium* de Estados Unidos tras la Segunda Guerra Mundial. El poder de Estados Unidos, los diseños globales y los lazos con Alemania y Japón, así como las instituciones económicas y de seguridad que estos aliados construyeron a la sombra de la Guerra Fría, dieron a ambas regiones su configuración distintiva. Katzenstein compara el estilo en red de regionalismo abierto de Asia y el complejo institucional más formal de Europa, subrayando que la multitud de diversas interconexiones entre países y regiones definen el actual orden mundial.

LAKE, D. A. (2006), "American Hegemony and the Future of East-West Relations." *International Studies Perspectives* 7: 23-30.

Este artículo analiza si Estados Unidos puede conseguir mantener su hegemonía en Asia Oriental. Lake sostiene que la emergencia de China significará una transformación de la jerarquía regional, y afirma que el factor clave para saber si el futuro de la región será o no estable es cómo responderá Estados Unidos ante esta transformación. Un intento por parte de Estados Unidos de contrarrestar a China por su cuenta llevará con toda probabilidad a una pérdida de liderazgo de Estados Unidos, mientras que los intentos de Estados Unidos de ampliar y reforzar su autoridad legítima podrían atemperar la rivalidad y, posiblemente, incluso arrastrar a China a un orden internacional liderado por Estados Unidos.

MAHBUBANI, K. (2007), "The US Risks Losing Asia" (*Global Asia*, no. 2, pp. 16-23. The East Asia Foundation. Mahbubani ofrece una perspectiva desde la región que contradice la opinión generalmente complaciente del liderazgo de Estados Unidos que se tiene en Occidente. Esgrimiendo de manera convincente que la falta de atención y la mala gestión estadounidense en sus relaciones con el Sudeste y el Este de Asia tienen consecuencias más profundas de lo que tiende a pensarse en Estados Unidos, Mahbubani reclama una mayor atención de Estados Unidos hacia la región y, en particular, un enfoque más flexible hacia las instituciones e iniciativas que están surgiendo desde ésta.

MASTANDUNO, M. "Incomplete Hegemony: The United States and Security Order in Asia," en ALAGAPPA, M. (ed.) (2003), *Asian Security Order: instrumental and normative features*, Stanford.

Mastanduno sostiene que Estados Unidos sigue siendo la potencia hegemónica en Asia Oriental, pero que se trata de una hegemonía "incompleta", porque la presencia militar de Estados Unidos no se ve correspondida por un conjunto de instituciones y relaciones económicas.

Centrándose en la cuestión de si la hegemonía de Estados Unidos en Asia es sostenible a la vista del rápido cambio de las condiciones, en particular el auge de China, Mastanduno concluye que Estados Unidos sigue siendo la fuerza más importante y estabilizadora de la región.